

El concepto de prenatalismo vasco: definición y crítica

PEDRO JOSÉ CHACÓN DELGADO

Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación
Euskal Herriko Unibertsitatea - Universidad del País Vasco
pedrojose.chacon@ehu.es

RESUMEN:

Desde los presupuestos teóricos de la historia de los conceptos hemos constatado que, frente a toda la literatura dominante desde hace varias décadas para explicar el origen del nacionalismo vasco, que hace hincapié en sus antecedentes a lo largo del siglo XIX –el llamado prenatalismo, presente tanto en el carlismo como en el fuerismo-, el propio fundador del nacionalismo vasco, Sabino Arana Goiri, rechazó y condenó tanto el fuerismo como el carlismo, tal como se habían practicado antes que él y en su contemporaneidad, por ir expresamente en contra de los criterios que él consideraba esenciales para su ideología. Entonces, ¿quién tiene razón sobre los antecedentes del nacionalismo vasco, el propio fundador de esta ideología o sus estudiosos posteriores?

NOTA BIOGRÁFICA AUTOR:

(Bilbao, 1964). Profesor de Historia del Pensamiento Político en la UPV-EHU, donde se doctoró en Ciencias Políticas y Sociología con la tesis “El regeneracionismo de 1898: historiografía y nacionalismo español”, autor de varios libros (*Historia y nación, La identidad maketa, Perdí la identidad que nunca tuve*) así como artículos sobre identidad y origen del nacionalismo vasco. Es columnista en *El Correo* de Bilbao.

PALABRAS-CLAVE:

prenacionalismo, protonacionalismo, nacionalismo, fuerismo, carlismo.

DEFINICIÓN DEL CONCEPTO

A pesar de que el concepto de prenacionalismo es el dominante a la hora de explicar el origen del nacionalismo vasco, las contadísimas ocasiones en que ha merecido la atención de los investigadores solo se han traducido en algún párrafo aislado y en alguna nota a pie de página de sus trabajos. Juan Gracia Cárcamo, en su extenso artículo dedicado a Arístides de Artiñano, emplea dos notas –la 7 y la 26–, para combatir el prenacionalismo –protonacionalismo también lo denomina él– de dos hispanistas franceses como son José Extramiana y Vicente Garmendia, que consideran al autor de *El Señorío de Bizcaya*, así como al grueso del carlismo que representa, como un precursor del nacionalismo vasco, a lo que Gracia responde que (las cursivas son de él) “no se le puede considerar nunca a Artiñano como integrante de una ideología *prenacionalista* –en el dudoso caso de que esto exista” (Gracia, 2002: 367-368). Fernando Molina también le dedica al tema algún párrafo, junto con su correspondiente nota, en algunos de sus trabajos, de los que entresacamos este punto: “En el caso concreto del fuerismo (y otro tanto puede decirse del carlismo) [...] la calificación de «prenacionalismo» o «protonacionalismo» que recibe insistentemente resulta, pues, absolutamente inviable para comprenderlo históricamente, al igual que los análisis que lo enmarcan como un mero antecedente del nacionalismo” (Molina, 2005: 221).

Prenacionalismo vasco es un concepto con dos significados complementarios que normalmente no se disciernen en el análisis historiográfico. El más usual es el que define al prenacionalismo como un conjunto de autores y de sus obras o parte de sus obras que, repartidas en el tiempo y de acuerdo con la selección elaborada previamente sobre ellas desde la hipótesis prenacionalista, se constituyen en fuentes de inspiración, colchón nutricional o condición necesaria para la aparición del nacionalismo vasco. De este modo se puede decir que tal autor, tal obra o tal revista o tal idea es prenacionalista. Pero para que exista esa que llamamos “hipótesis prenacionalista” –y entramos así en la segunda acepción, no considerada hasta ahora, del concepto– es necesario que haya, como de hecho lo hay, un conjunto de historiadores o politólogos que consideran que un autor o que sus ideas –generalmente se trata de parte de sus ideas, aisladas de las demás que conforman su ideología– son condición previa, componente adelantado a su tiempo o requisito necesario pero no suficiente para que, con el paso del tiempo, aparezca una

ideología conocida luego como nacionalismo vasco. Es decir, para que haya autores y obras prenacionalistas es necesario que existan historiadores que conciban un prenacionalismo vasco, esto es, un nacionalismo adelantado a su origen como movimiento político –a finales del siglo XIX– de la mano de Sabino Arana Goiri. De este modo se podría decir que un historiador practica el prenacionalismo, o que su visión sobre el pensamiento político vasco del siglo XIX es la propia del prenacionalismo.

El prenacionalismo requiere en principio, por tanto, considerar que el origen del nacionalismo vasco está demediado o condicionado o previsto en la obra de diferentes autores, más o menos alejados hacia atrás en el tiempo respecto del origen de la ideología nacionalista. De ahí se deduce que para el prenacionalismo el origen del nacionalismo no es algo atribuible exclusivamente al iniciador de este movimiento, sino que se relativiza este momento originario, se difumina la capacidad explicadora que tiene el fundador y se convierte el origen en una especie de eclosión poco menos que anunciada tras el desarrollo progresivo, acumulativo y previsto del prenacionalismo.

Pero lo primero que nos ha llamado la atención de este concepto de prenacionalismo no es la teoría que lo sustenta, que pone a las corrientes políticas por encima de los individuos, guiándolos o, cuando menos, condicionándolos. Esta cuestión surge de manera inevitable cuando se analizan sus fundamentos teóricos y su despliegue demostrativo en los diferentes autores que lo usan, como veremos. Pero lo que interesa destacar desde un principio en este concepto es que se ha encumbrado como la forma mayoritaria y dominante de explicar el origen del nacionalismo vasco.

La omnipresencia del prenacionalismo en las explicaciones sobre el origen del nacionalismo vasco es tan evidente que no nos deja más remedio que concederle que, en efecto, todas las ideologías tienen sus antecedentes en la historia y que en descubrir dichos antecedentes no hay ningún inconveniente, es más, resulta perfectamente lógico pensar que nada surge como de la nada, que todo fenómeno nuevo tiene sus precursores. José Antonio Ereño, en su análisis de la cuestión, lo plantea en unos términos honestos y ponderados: “Y si nosotros queremos explicarnos el nacionalismo y su proceso de formación, ¿qué impide que situemos en la misma línea evolutiva ciertos fenómenos? No se puede oponer a este procedimiento una imposibilidad de principio. Los antecedentes y

filiaciones se buscan... [...]. A no ser que se piense que el nacionalismo nació de la nada y sin precedentes, es legítimo ver su lenta «germinación» en ciertos fenómenos y movimientos anteriores” (Ereño, 1998: 173).

A esta declaración de intenciones, en principio impecable, a favor del prenacionalismo como método de estudio del origen del nacionalismo vasco –porque cualquier hecho en historia es susceptible de tener antecedentes o precursores–, le vamos a oponer aquí cuatro inconvenientes, para, a partir de ellos, poder elaborar luego, al final, un balance de consecuencias al respecto.

1ª OBJECCIÓN: EL PRENACIONALISMO COMO PRODUCTO DEL MISMO NACIONALISMO DEL QUE TRATA DE EXPLICAR SU ORIGEN

Según esta objeción, el prenacionalismo puede ser, no decimos que lo sea siempre, pero puede ser en algunos casos, como veremos, producto de historiadores nacionalistas vascos, lo cual no es que nos lleve a desacreditarlo automáticamente como método de estudio o como forma de obtener resultados interesantes, sino que lo convierte de hecho en una especie de máquina de buscar –y encontrar– antecedentes de nacionalismo en periodos más o menos previos a la aparición del nacionalismo vasco. Los historiadores nacionalistas pretenden descubrir autores nacionalistas, más o menos camuflados, más o menos inconscientes, repartidos a lo largo y ancho de la historia. En todos ellos saldría a relucir un rasgo prenacionalista que luego el fundador de la ideología no haría sino llevar a sus últimas consecuencias y darle la coherencia y la integración en el sistema completo del nacionalismo. Y esto es así porque para un investigador nacionalista, el nacionalismo no es tanto un movimiento político sino un resultado o una fase casi terminal del desarrollo histórico de la nación que abocará, según ellos inevitablemente, en su constitución como Estado.

Este concepto de prenacionalismo ejercido desde el ámbito nacionalista lleva a su máximo grado la capacidad del antecedente, hasta el punto de relativizar el momento mismo de la fundación de la nueva ideología. Para la historiografía de corte nacionalista, el nacionalismo vasco no se entendería sin el carlismo y sin el fuerismo que lo preceden y poco le importa a estos historiadores que luego haya habido muchos

carlistas y muchos fueristas que no se hicieron nacionalistas. Esteban Antxustegi, por ejemplo, opta por el carlismo como principal antecedente: “Con este panorama no es de extrañar que surgiera el nacionalismo, inventado por Arana o por cualquier otro. Lo que hicieron los carlistas fue, en gran medida, allanar su camino. Arana-Goiri solo tuvo que romper con el resto de ataduras que le unían con la tradición e intensificar la división entre los vascos, dando los pasos necesarios para representar y fundar para el pueblo vasco una ideología hasta entonces inédita” (Antxustegi, 2007: 69).

En el caso de otro historiador nacionalista, Joseba Agirreazkuenaga, es el fuerismo el antecedente más importante en el surgimiento del nacionalismo vasco, hasta el punto que la aparición de este no supondría sino una modulación distinta, adaptada a los tiempos, de lo que los fueristas venían practicando desde principios del siglo XIX, al oponerse a la unificación constitucional del Estado. De modo que Agirreazkuenaga no tiene ningún problema de orden historiográfico en establecer una línea de continuidad entre los autores fueristas de principios o mediados del siglo XIX y los nacionalistas de principios del siglo XX porque, según él, todos trabajarían por convertir los fueros en la constitución política vasca, desde Pedro Egaña, liberal conservador fuerista –y acérrimo partidario de la monarquía isabelina, como sabemos–, hasta Jose Antonio Agirre, primer lehendakari del gobierno vasco, pasando por Angel Zabala, mano derecha de Sabino Arana y a quien este confió el partido para cuando sobreviniera su previsible y prematuro fallecimiento: “Euskal Herriko erakunde foraletako ordezkariak, ohiko foruen bidezko erakundetzea, konstituzio egilearen zentzu politikoaren arabera interpretatu zuten. Hau da, konstituzio politiko eta askatasunaren erakusle bihurtu zuten. Era berean, autogobernatzeko ohiturek bere horretan iraun behar zuten. Ondorengo urteetatik gaur egun arte, ikuspegi hori berrehun urtean zehar euskal ideia politiko eta juridikoetan aitzindaria izan zen. XIX. mendean barrena, Batzar Nagusien baitako zuzenbidean aditu eta politikoen artean iraun zuten, ondorengo orrialdeetan frogatu dugun bezala. Mendearen erdian, Pedro Egaña eta Blas Lopez izan ziren ideia horren jarraitzaile eta euskarri eta euskal konstituzio politikoaren teoria horrela landu zuten. Mende bukaeran Angel Zabalak argitaratu eta aztertu zituen, 1901ean, S. Aranak zuzentzen zuten *Euzkadi* aldizkarian. Geroztik Jose Antonio Agirrek foru erakundetzea, konstituzio politikotzat hartu eta interpretatu zuten” (Agirreazkuenaga, 2012: 61-62).

Como vemos, el autor establece una línea de continuidad en la defensa de los fueros, entendidos como constitución política vasca, que va de Blas López, liberal fuerista alavés de principios de siglo, pasando por Pedro Egaña, líder del moderantismo fuerista isabelino, hasta dar en Angel Zabala, historiador y jurista del primer nacionalismo y que seguiría luego con el primer lehendakari del gobierno vasco, José Antonio Aguirre. Mientras que Blas López y Pedro Egaña, como lo fueron los Moraza, Olano, Otazu y demás, defendieron los fueros en el seno de la monarquía española y sin el más mínimo atisbo de suplantar esta soberanía, Zabala y Aguirre pertenecen a una tradición política completamente distinta. Pretender establecer una línea de continuidad entre ambos extremos es una característica esencial de la historiografía nacionalista.

2ª OBJECCIÓN: EL PRENACIONALISMO, CUANDO NO ES PRODUCTO DEL NACIONALISMO, CONSIDERA QUE LAS IDEOLOGÍAS ESTÁN POR ENCIMA DE LOS INDIVIDUOS Y QUE ESTOS SE MOVERÍAN, POR TANTO, EN FUNCIÓN DE FUERZAS Y TENDENCIAS QUE NO CONTROLAN, DE LAS QUE NI SIQUIERA SON CONSCIENTES: EN REALIDAD ESTARÍAN MANIPULADOS POR ELLAS.

Como primer ejemplo en el tiempo de este tratamiento, tenemos a dos hispanistas franceses, José Extramiana y Vicente Garmendia, de los que trata Gracia Cárcamo en su artículo citado al principio de este trabajo. Sobre estos autores contamos también con otras referencias que nos explican el motivo de su trabajo y su empleo de los antecedentes como causas necesarias para la aparición del nacionalismo vasco: “durante la Transición, los hispanistas José Extramiana y Vicente Garmendia defendieron en universidades francesas sus importantes tesis doctorales sobre la última guerra carlista en el País Vasco, publicadas después en castellano. Aun siendo muy distintas, ambas coincidían en señalar el papel del carlismo como antecedente e incluso precursor del nacionalismo vasco por la importancia que otorgaban a la cuestión foral” (De la Granja et al., 2011: 437).

En la enciclopedia *Auñamendi* se emplea también en varias ocasiones este concepto. Por ejemplo, el “alma mater” de esta magna obra, Idoia Estornés Zubizarreta, autora

también del mejor estudio sobre el origen del autonomismo vasco, en la biografía de Fidel de Sagarmínaga firmada con uno de sus seudónimos (Ainhoa Arozamena Ayala), dice del fundador de la Sociedad Euskalerra de Bilbao que fue “representante del fuerismo liberal que evolucionará hacia el fuerismo intransigente pre-nacionalista” (Estornés, 1996: 74).

El término “prenacionalista” se utiliza también en esta enciclopedia respecto de otros personajes políticos de la derecha vasca del siglo XIX, de cuyas biografías no se nos da la autoría, aunque podríamos sospechar que se trata también de Idoia Estornés Zubizarreta, como es el caso de Urioste de la Herrán (“En sus cartas a los diputados a Cortes aflora cierta retórica prenacionalista llamada a tener gran éxito conforme avanza el siglo”), Ascensio Ignacio Altuna (“mentor del moderantismo fuerista de Gipuzkoa que desemboca en la Unión Vascongada, interpartidista y prenacionalista”) o José María Angulo de la Hormaza (“de ideología euskara y prenacionalista”). Otro redactor de la enciclopedia *Auñamendi*, como Alberto Xabier Martínez Artola, llama también a Manuel Gortazar, “interesante figura del liberalismo fuerista pre-nacionalista” (Martínez, 1984: 432)

Javier Corcuera, por su parte, en varios apartados de su imprescindible obra sobre el origen del nacionalismo vasco, postula, sin utilizar los términos “prenacionalismo” o “prenacionalista”, una explicación del origen del nacionalismo también en esa clave, cuando utiliza expresiones como las siguientes: “Por una parte, en la consigna de unión en torno al fuero y alejamiento de la política española late una interpretación de la historia vasca que posibilita, prepara e incluso *exige* una lectura nacionalista de ésta. Por otra parte, se formula la interpretación tradicional de las peculiaridades vascas con una energía en cierto modo ya nacionalista” (cursiva nuestra). O en esta otra: “Los argumentos teóricos del nacionalismo se van generalizando antes de que éste se formule: en cierto sentido, Sabino de Arana no hará sino una lectura *consecuente* de las tesis fueristas” (las cursivas aquí son de Corcuera). O como cuando dice que el fuerismo de Sagarmínaga “apenas se distingue del futuro nacionalismo”. O cuando considera al nacionalismo aranista “una conclusión en cierto sentido «natural» de la lectura fuerista (e incluso carlista) de la historia y política vascas” (las comillas de «natural» son de Corcuera). Términos como que el fuerismo “posibilita” e incluso “exige” el

nacionalismo, o que este es consecuencia “natural” de aquel, no dejan lugar a dudas en cuanto a la filiación prenacionalista de este planteamiento (Corcuera, 2001: 126, 127, 158 y 194).

Pero sin duda es Antonio Elorza quien se erige en el gran sostenedor del prenacionalismo como método de estudio del nacionalismo vasco, sin ser él un historiador nacionalista. La única explicación plausible de este posicionamiento reside en la metodología de corte marxista empleada por este autor, que busca condiciones externas de tipo socioeconómico para explicar el comportamiento de los actores históricos, dejándoles desprovistos de impulsos internos derivados de su propia lectura del tiempo que les ha tocado vivir. En su análisis del comportamiento político de Sabino Arana, Elorza le aplica una versión de esa metodología marxista, en la que a los condicionamientos sociales se unen los culturales y literarios, dando por hecho que el fundador del nacionalismo vasco absorbe todas esas influencias por el simple hecho de colocarse en un lugar y un tiempo dado –la Bizkaia de finales del siglo XIX– y despreocupándose por completo de si Sabino Arana leyó o aceptó la influencia de quienes Elorza supone que le influyeron.

La teoría prenacionalista sostiene, en efecto, toda la construcción histórica de Antonio Elorza sobre el origen del nacionalismo vasco, como queda plasmado en su obra de 2001, *Un pueblo escogido*, donde reúne una serie de trabajos anteriores, que –para el momento previo a la aparición del nacionalismo que nos interesa aquí– son, en concreto, “El escudo foral”, que es un breve artículo de divulgación histórica del 2000; “Fuerismo y prenacionalismo en Larramendi”, de 1992, donde ya el propio título deja clara su adhesión a la teoría del prenacionalismo; “Los orígenes literarios del nacionalismo vasco”, cuya primera elaboración se remonta a 1974; y “Los «euskaros»: preliminares del nacionalismo en Navarra”, del que no nos da la fecha en el preámbulo del libro en el que sí aparecen las de los otros trabajos aquí citados, pero que ya formaba parte de su seminal *Ideologías del nacionalismo vasco, 1876-1937: de los «euskaros» a Jagi-Jagi*, que es de 1978. En todos ellos aflora una concepción histórica donde los conceptos están por encima de los individuos que los utilizan, sobrevolándolos a modo del aire que se respira, pero donde no se concreta cómo se producen los préstamos de unos a otros, generación tras generación. El párrafo que de modo más nítido expresa

esta concepción prenatalista de Elorza podría ser el siguiente: “No es este el momento de contrastar el fuerismo del XIX con el nacionalismo de Arana. Solo nos interesa destacar que el segundo es una síntesis de los temas que ha ido acuñando el fuerismo para responder a una nueva situación conflictiva, la industrialización de Vizcaya. [...] El círculo se ha cerrado. [...] Este hilo conductor nos indica que entre el punto de partida y el de llegada hay elementos de continuidad, a pesar del cambio de referente socioeconómico y político” (Elorza, 2001: 24). El caso es que para Elorza el fuerismo se erige en antesala del nacionalismo, o dicho de otro modo, el nacionalismo surge como consecuencia necesaria de aquél. Así, se refiere a “los fueristas vizcaínos y [...] sus herederos nacionalistas”; o cuando a raíz de la invasión francesa de finales del siglo XVIII nos dice que “en torno a este giro defensivo se edificarán el fuerismo decimonónico y su heredero inmediato, el nacionalismo sabiniano” (Elorza, 2001: 3 y 22). Y sobre la literatura de los euskaros, nos la define Elorza como “literatura prenatalista y posromántica”; donde “ruralismo, historicismo medievalizante y prenatalismo se conjugan”; o como “integración de conciencia de crisis histórica, prenatalismo y defensa a ultranza del idioma”; en definitiva, “el auge de la literatura prenatalista coincide con la pérdida definitiva de los fueros” (Elorza, 2001: 100, 107, 116 y 49). Sobre la ideología de los euskaros, la línea de continuidad para él es clara: “es imposible marginar de la génesis nacionalista a la Asociación Euskara de Navarra”; “el prenatalismo de los euskaros está también ahí y es inseparable de los cambios ideológicos que suscita la crisis del sistema foral”; cambios que se remontan a todo el siglo XIX cuando “relaciones de producción preindustriales [...] hacen gravitar fuerismo y prenatalismo en una órbita política conservadora, cuando no tradicionalista o integrista”. El prenatalismo, según Elorza, terminaría indefectiblemente con la absorción del fuerismo de los euskaros por parte del nacionalismo: “Una vez conseguida la síntesis sabiniana, la ideología euskara quedaba relegada al papel de precursora necesaria, absorbida y superada a un tiempo por el nuevo nacionalismo” (Elorza, 2001: 71, 72 y 136). En cuanto a autores concretos que representarían esta teoría del prenatalismo para Elorza, tenemos en primer lugar a Larramendi, de quien Elorza nos dice que “resulta innegable su carácter de pieza clave en esa trayectoria ideológica que puede considerarse precursora del nacionalismo vasco”; “tal vez por eso el pensamiento de Larramendi necesita ser encuadrado en la secuencia que desde la crisis de la etapa foral conduce a la definición nacionalista”; o

más explícitamente aún cuando afirma: “Nos encontramos, pues, en Larramendi con una concepción prenatal”; “Es una concepción claramente prenatal que supera en su construcción a otros alegatos fueristas, como el citado de Fontecha Salazar” (Elorza, 2001: 12, , 21, 18, 19 y 21). Y en cuanto a otros personajes concretos de la cultura de los euskaros, cita a Iparraguirre: “si el discurso fuerista de Iparraguirre prefigura el referente del lamento nacionalista posterior a 1876...”; a Felipe Arrese Beitia, en quien “el fuerismo desemboca implícitamente en nacionalismo desgarrado”; y a Trueba: “no hay que profundizar mucho en el texto [se refiere Elorza a “Romances de Vizcaya” de 1887] para encontrar el nexo entre literatura, fuerismo y nacionalismo” (Elorza, 2001: 108, 109 y 46).

3ª OBJECCIÓN: EL PRENACIONALISMO DESVIRTÚA LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO POLÍTICO VASCO Y SU MAYOR DAMNIFICADA HA SIDO LA DERECHA NO NACIONALISTA VASCA, QUE FUE FUERISTA –BIEN COMO LIBERAL O COMO CARLISTA– SIN SER NACIONALISTA.

En efecto, la derecha en España se ha venido conformando desde la crisis de Cádiz en 1810-1812 por dos largas tradiciones, la liberal moderada y la tradicionalista o carlista (González Cuevas, 2000), detentadoras ambas, con las modulaciones pertinentes, del concepto de constitución histórica (Varela Suanzes-Carpegna, 2010), que para el caso vasco vendría dado por la confluencia de constitucionalismo –en su versión moderada mayoritaria durante todo el siglo XIX– y foralidad.

El prenatalismo convierte en adelantados de la ideología nacionalista a autores que en ningún caso fueron nacionalistas en su propio tiempo histórico. El prenatalismo, por tanto, usufructúa en beneficio del nacionalismo a autores que corresponden a tradiciones políticas distintas, en particular a las derechas no nacionalistas vascas, quitándoles a estas sus propios autores y antecedentes. El prenatalismo convierte al fuerismo y al carlismo en antecedentes de la ideología nacionalista, cuando no solo ni todos los fueristas ni todos los carlistas acabaron siendo nacionalistas, sino que muchos fueristas y muchos carlistas siguieron siendo lo que ya eran cuando el prenatalismo los quiso convertir en antecedentes nacionalistas: personajes de la derecha vasca no

nacionalista. Y citando algunos de los autores aquí considerados: Pedro Egaña, Fidel Sagarmínaga, Arístides de Artiñano, Antonio de Trueba, entre otros muchos, por todas las notas del nacionalismo posterior que encontremos en ellos, son miembros de una tradición conservadora vasca, tanto en su rama liberal como tradicionalista, que al situarlos en la órbita del prenatalismo quedan desfigurados en su propia realidad histórica. Todos estos autores, y muchos más de su ámbito, son los denominados euskaros, que tuvieron en la revista *Euskal-Erria* de San Sebastián su principal y más duradero órgano oficial de difusión. Y en seguida veremos en qué consideración les tuvo el fundador del nacionalismo vasco.

4ª OBJECCIÓN: EL PROPIO FUNDADOR DEL NACIONALISMO VASCO, SABINO ARANA GOIRI, ESTÁ EN CONTRA DEL –LLAMADO A POSTERIORI– PRENACIONALISMO

Lo que desde luego nadie hace, ni siquiera los escasos autores que vimos al principio contrarios al prenatalismo, es acudir directamente a las obras de Sabino Arana Goiri (Abando, 1865 – Sukarrieta, 1903), de quien interesa recordar que todos, incluidos los partidarios del prenatalismo, le reconocen como fundador del nacionalismo vasco. Y lo que primero llama la atención desde los presupuestos de la historia de los conceptos, esto es, acudiendo al tratamiento de conceptos como independencia, fueros, carlismo, raza, etc., es que Sabino Arana no se presenta en ningún momento como continuador de la foralidad o del carlismo, sino que rompe expresamente con ambas tradiciones. Es innegable que en dichas tradiciones políticas están los elementos que él necesita, eso es obvio –él no se los inventa–, pero la adaptación que hace de los mismos adecuándolos a sus propios objetivos fuerza de tal manera el significado de esos conceptos, que nos lleva a pensar que el antecedente queda completamente desvirtuado y moldeado al servicio de unos objetivos que no son los que en origen tenía. Por ejemplo, si condescendiéramos con Ereño –con cuyas consideraciones arrancábamos estas objeciones– en situar al fuerismo como antecedente del nacionalismo, vaciamos al fuerismo del carácter que tuvo en su momento histórico: el de ser la versión vasca del liberalismo moderado español, con las matizaciones propias del caso. Y lo mismo ocurre con el carlismo.

Sabino Arana decía de sí mismo y de sus seguidores que todos eran conversos, en el sentido de que todos procedían de otros partidos –desde los que habían pasado al nacionalismo– que, obviamente, no eran nacionalistas: “Cualquiera que sea la procedencia política del bizkaino o del euskeriano establecido en Bizkaya, es admitido con júbilo, como su conversión sea sincera. Todos somos conversos” (Arana Goiri, 1980: 1359). Arana era perfectamente consciente del paso realizado pero en absoluto encontramos en él ninguna suerte de confesión o pista que invite a recurrir al fuerismo o al carlismo como anticipo u origen de sus doctrinas, porque es que él los niega y los rechaza expresamente. Lo que nos corrobora en la idea de que el concepto de pre-nacionalismo presenta, de entrada, una debilidad manifiesta al no contar en absoluto con la opinión al respecto del fundador del nacionalismo vasco.

Pero vayamos ya al propio Sabino Arana Goiri y a la situación ideológica en que se encontraba cuando inició su proyecto político. Él afirmaba, con ocasión del *Discurso* en el conocido con posterioridad como “caserío Larrazabal” –fechado el 3 de junio de 1893, cinco días antes de sacar el primer número de *Bizkaitarra*–, que se encontraba completamente solo y desasistido, y donde se explica en los siguientes términos: “Mas cuando habiendo llegado a conocer a mi Patria y caído en la cuenta de los males que la aquejaban, extendí mi vista en derredor buscando ansiosamente un brazo generoso que acudiera en su auxilio, un corazón patriota, por todas partes tropecé con la invasión española que talaba nuestros bosques y que, en vez de ser rechazada, era loca y frenéticamente secundada por indignos hijos de Bizkaya, y no hallé en ninguna un partido, una sociedad, un libro, un periódico, una página, una sola página, bizkainos que me escucháis, verdaderamente bizkaina” (Arana Goiri, 1980: 157). Esta idea la venía repitiendo desde el inicio mismo de su proselitismo político, y su primera muestra la tenemos ya en *Pliegos histórico-políticos II*, que son de 1889: “En efecto, triste es decirlo, pero no hay en toda Bizkaya (ni en toda Euskalerrria) ni una sociedad, ni un periódico, ni un libro verdaderamente patriota. Todos los periódicos son españoles” (Arana Goiri, 1980: 86, n. 1). Y en el relato de la batalla de Mungia, dentro del libro *Bizkaya por su independencia*, publicado en 1892: “desgraciadamente Bizkaya (ni ninguno de los estados euskerianos) no ha dado aún el primer paso hacia la restauración” (Arana Goiri, 1980: 125, n. 2).

Es sabido que, por la confluencia con los *euskalerríacos* de Sota en 1898, el grupo de primeros seguidores de Sabino Arana pasa de ser una asociación minoritaria, prácticamente secreta en su funcionamiento interno y absolutamente mediatizada por el carisma del fundador, a un partido con posibilidades reales de alcanzar cuotas de poder político. Ello marcará también el final de la soledad política de Sabino Arana, todavía reconocida por él a la altura de 1897. En efecto, en los primeros meses de ese año, en su folleto *El Partido Carlista y los Fueros Vasko-Nabarro*s, decía: “ Desde que la voz nacionalista se oyó por vez primera en Bizkaya en 1893 [aquí se inserta una llamada al pie del propio autor: “Claramente, en esta fecha; pero por vez primera, algunos años antes”] y repercutió por toda Euskeria, toda la prensa del país, con tan perfecta unanimidad que, más que espontánea, parecía adoptada de común y expreso acuerdo, ha observado respecto de ella, más o menos constantemente, una singularísima actitud: la del silencio. [...] Este absoluto silencio con que los distintos elementos políticos del país han contestado al nacionalismo, pudo atribuirse en un principio a la natural sorpresa que les causara la aparición de *unas ideas tan nuevas y tan radicalmente opuestas a las hasta entonces proclamadas y sostenidas*, con ser las más viejas y más tradicionales del Pueblo Vasko; mas cuando, transcurrido ya el tiempo necesario para que volvieran de su asombro, era aún observada la misma conducta con igual unanimidad, ¿qué otro motivo podían tener para ello que el de ver en el nacionalismo a su enemigo común?” (Arana Goiri, 1980: 1109, cursivas mías). Otra vez podemos comprobar aquí cómo, para el fundador del nacionalismo vasco, antes de él no había nacionalismo ni nada que se le pareciera. No admite antecedentes de ningún tipo, ni tampoco personas o movimientos que pudieran haber preparado la aparición de su ideología. Y a ello añade ahora el estigma del silencio. Lo del silencio a su alrededor lo dijo también Arana antes, en *Bizkaitarra* (nº 25, de 24-4-1895): “...el *silencio*, de esa arma que tienen por terrible y eficazísima, hoy que los servicios de la prensa parece se han hecho indispensables, e imprescindible el juicio del periodista, sea favorable o desfavorable, pedantesco (como es de ordinario) o idóneo, hipócrita (como es por lo común) o sincero” (Arana Goiri, 1980: 563, cursiva de Arana). Y junto a ello, en este mismo número de *Bizkaitarra*, también aparecía lo de la radical novedad de la ideología nacionalista: “BIZKAITARRA, en efecto, como enemigo de todas las políticas hasta su fecha enseñadas a los bizkainos, y sin reparar en modas y usos rutinarios reñidos con principios mucho más serios que las que se llaman reglas de cortesía...”. Y siguiendo

con lo del silencio y la marginación, en el número siguiente de *Bizkaitarra*, el 26 de 12-5-1895, en el artículo “Ellos y nosotros”, dice: “nosotros somos los únicos bizkainos condenados a que no se escuche nuestra voz, a que se desprecien nuestros consejos y sean objeto de mofa nuestros ideales, y a que este pueblo degradado nos vuelva la espalda, llamándonos *locos*” (Arana Goiri, 1980: 563 y 579). No creo que haya necesidad de mayor comentario en cuanto a la soledad en la que se encontraba el fundador del nacionalismo vasco y a la ausencia completa de prenacionalistas a su alrededor o como antecedentes que él pudiera tener presentes.

Sabino Arana en sus obras cita a contadísimos autores de los considerados fueristas o carlistas, de los tenidos por “euskaros” en definitiva. A Larramendi Arana solo le cita por su *Diccionario Trilingüe*, no por su *Corografía de Guipuzcoa*, que es donde aparecen la mayor parte de anticipaciones prenacionalistas a que alude Elorza. Pero es que ni como lingüista le salva: “Larramendi es el primer euskerólogo, considerado cronológicamente; pero, científicamente juzgado, es uno de los últimos”, porque “no contento con hacer Euskera de todo el castellano, quiso importar hasta las notas derivativas, que habrían traído la corrupción a lo más interno de nuestra lengua” (Arana Goiri, 1980: 217). A Trueba, de quien Elorza ya nos indicó su prenacionalismo, Arana lo despacha con displicencia: “Desde que Trueba (Dios le haya perdonado), que se debiera haber contentado con escribir cuentos y cantares...” (Arana Goiri, 1980: 1239). Pero el autor que más cita Arana, y del que hay que suponer que recibió el grueso de sus conocimientos sobre la historia de Bizkaia, es sin duda Arístides de Artiñano, y como es sabido este tradicionalista falleció en 1911 sin haberse convertido nunca al nacionalismo. De los demás autores del fuerismo y carlismo con los que Arana tiene relación, vamos a comentar en las líneas que siguen.

Empezaremos con el carlismo, considerado antecedente del nacionalismo desde muchos puntos de vista, empezando por autores como los Extramiana y Garmendía ya citados, o como el propio Javier Corcuera, que utiliza una cita de Miguel Dorronsoro para establecer el nexo entre carlismo y nacionalismo, en la que Dorronsoro dice que si Castilla no cumple su compromiso, Guipúzcoa tiene el derecho de declarar rota la unión y recuperar su independencia (Corcuera, 2001: 114 y 125). Pero la referencia de la independencia en Dorronsoro –y en el tradicionalismo en general, sea vasco o del resto

de España– nunca es respecto de España en su conjunto, sino que las apelaciones a la “independencia” secular de la Provincia –Gipuzkoa– solo se entienden respecto del reino de Castilla, puesto que en el tradicionalismo español los reinos históricos, y en ciertos casos, como en el vasco, las provincias, son independientes entre sí, con sus órganos peculiares de gobierno y con el vínculo externo común de la Corona y el vínculo interno de la religión católica (Chacón Delgado, 2015).

El propio Sabino Arana se aparta expresamente del carlismo, no solo en cuanto a vinculación teórica con el partido carlista, sino en cuanto a la interpretación de la historia de las guerras carlistas, a las que considera profundamente equivocadas. Hay al menos tres ejemplos de ello en su periódico *Bizkaitarra*, utilizando la metáfora de la sangre, tan del gusto de Sabino Arana Goiri: “¿Quién el que ha dejado transcurrir todo este siglo sin hacerle al bizkaino la más leve indicación de su nacionalidad y ha visto con infame despreocupación tanta sangre derramada inútilmente y aun en perjuicio patrio...?”; “¿Para qué derramar tanta sangre y exponerse al cabo a las iras del pueblo español, siguiendo una bandera extranjera, defendiendo una causa exótica y por tanto antinacional y antipatriótica?”; “ha cegado a los bizkainos, que les ha hecho desconocer a su Patria, adoptar espontáneamente la extranjera que los aniquila, y derramar copiosa sangre y destruir sus haciendas en dos largas guerras sostenidas por exótica causa” (Arana Goiri, 1980: 318, 538 y 643). La misma denuncia de la sangre derramada por causa errónea de las guerras carlistas se da en el folleto *El Partido Carlista y los Fueros Vasko-Nabarro*: “sientan oprimida y agobiada su conciencia por la inmensa pesadumbre del recuerdo y contemplación de tanta sangre derramada en tres cruentas guerras, tantas familias arruinadas y tantas almas perdidas” (Arana Goiri, 1980: 1104). Cabe señalar que en esta última cita habla de tres guerras, mientras más arriba hablaba de dos: guerras carlistas hubo tres, pero en el País Vasco solo afectaron dos, como es sabido, a no ser que Arana se remonte a la invasión de la Guerra de la Convención (1793-1795), que todo podría ser.

Un autor típico del carlismo vasco como Estanislao Jaime de Labayru, con ocasión de la aparición en 1895 del primer volumen de su monumental *Historia General del Señorío de Bizcaya*, es atacado sin piedad por Sabino Arana en *Bizkaitarra*, por la concepción de la historia típica del tradicionalismo vasco (las cursivas y versales son del propio Arana

Goiri): “Todos los historiadores nacionales (a ninguno exceptúo) comienzan sus obras consignando y demostrando la independencia absoluta de Bizcaya. Leedlos, y allá veréis a nuestra Patria como nación aparte, con raza, lengua, territorio, leyes, poder e historia muy diferentes y distintos de los de España. Pero seguid leyendo, y en todos ellos tropezaréis al fin, con una página desde la cual, de buenas a primeras, DE BUENAS A PRIMERAS, repito, y sin hecho ninguno en que se funden, comienzan a llamar a España *¡nuestra Patria común, nuestra Madre Patria!* Y dígame ahora el Sr. Labayru si eso es, no ya patriotismo, pero ni criterio historial; dígame si eso no es trascendental vicio, dígame si no es eso de peores efectos que el exagerado patriotismo que ha conservado las leyendas; dígame si no es ésa la causa de nuestra ruina; dígame si pecho bizkaino puede sentir indignación proporcionada a los males que ese error nos ha acarreado” (Arana Goiri, 1980: 644).

Y por lo que respecta al fuerismo, movimiento al que se le concede también el carácter de pre-nacionalista, como hemos comprobado en diversos autores, Sabino Arana se distancia explícitamente de todos los autores fueristas clásicos en su polémica con el carlista Echave-Sustaeta, contenida en *El partido carlista y los fueros vasko-nabarro*, de principios de 1897. La trifulca en este punto discurrió del siguiente modo. Echave-Sustaeta le reprocha en su “Carta quinta” lo siguiente: “Palabras de usted [se refiere Echave-Sustaeta a lo dicho anteriormente por Sabino Arana]: «El Sr. Cánovas, por ejemplo (y mejor que ningún otro), conoce la historia, la constitución política y aun el genio o carácter del Pueblo Vasko, más y mejor, que juntos todos los publicistas que éste tiene por ilustres y esclarecidos hijos suyos y gloriosos defensores de sus derechos». ¡Caramba con el bombazo! ¡Ni que hubiese colaborado en su Hoja un redactor de *La Época!* Adiós, pues, los ilustres nombres del P. Larramendi, Astarloa, Ortiz de Zárate, Sagarmínaga, Moraza, Novia de Salcedo, Soraluece y otros mil insignes hijos de Basconia. Ponga usted esas palabras sobre sus tumbas; resultan el epitafio más sangriento que pudieran esperar de *maketania*. Quedamos, pues, en que los únicos que conocen a Euskaria son dos: Cánovas y usted. Procede, pues, en justicia, que D. Antonio Cánovas del Castillo sea nombrado Presidente Honorario del *Batzoki*”. A lo que Sabino Arana contesta: “No por cierto. Creo (y conmigo creará todo el que tenga conciencia) que el más sangriento [epitafio] sería éste: *Conocieron a su Patria; pero no la amaron, sino que la entregaron en manos de sus enemigos*” (Arana Goiri, 1980: 1136

y 1231). Esta era la consideración –y las cursivas son de Arana– en que tenía el fundador del nacionalismo vasco a los principales padres de la foralidad vasca, conocidos en su tiempo como euskaros.

De entre los fueristas coetáneos de Sabino Arana destaca sobremanera la figura de Fidel de Sagarmínaga, cuya ideología recordemos que para Corcuera “apenas se distingue del futuro nacionalismo”. Pues bien, a Sagarmínaga en particular Sabino Arana le dedica más invectivas y denuestos que a ningún otro de los políticos de su época de ninguna otra ideología. Hemos contado hasta dieciséis artículos, repartidos en *Bizkaitarra* y *Baserritarra* en los que se dedica Arana a denigrar la figura del fundador de la sociedad *Euskalerrria* de Bilbao. Alguno tan extenso como el titulado “Mala causa y buen quijote” del número 6 de *Baserritarra* (6 de junio de 1897), donde utilizando las expresiones repetidas “Tal fue el Sr. Sagarmínaga” o “¿Podrá su memoria ser honrada y respetada por los buenos bizkainos?”, Sabino Arana se emplea contra él en estos términos: “entre todos los escritores españolistas de nuestra Patria, el que menos defensa tiene”; de estilo “oscuro, lánguido, difuso, prolijo, hinchado y empalagoso”; “muy corto de inteligencia o radical enemigo de nuestra tradición patria”; y, en fin, “de cerebro flojo y corazón femenil como el padre que lo engendró” (Arana Goiri, 1980: 1298-1303).

Otros autores de la llamada “cultura de los euskaros” a los que Sabino Arana reserva el arsenal más completo de sus invectivas son los hermanos Echegaray, Carmelo primero y Bonifacio después. Carmelo Echegaray fue cronista de las Provincias Vascongadas, además de discípulo de Menéndez Pelayo y uno de los más altos representantes de la cultura “euskara” de su tiempo. Contra él Sabino Arana escribió cuatro artículos, dos en *Bizkaitarra*, uno en *Baserritarra* y otro en *El Correo Vasco*. El más largo de todos es el titulado “Vulgaridades”, del número 18 de *Bizkaitarra*, donde criticaba sobre todo que Carmelo Echegaray considerara al País Vasco su “patria chica” y reservara para España ser su “patria grande”: “El Sr. Echegaray, según se ve, mide la patria con metro, esto es por el territorio que ocupa [...]; nosotros, los euskerianos, debemos saber que la Patria se mide por la raza, la historia, las leyes, las costumbres, el carácter y la lengua; [...] si tanto amor tiene el Sr. Echegaray a España, ¿no es verdad, lectores, que puede naturalizarse en ella sin temor a que aquí en Euskaria le echemos de menos? Váyase

enhorabuena, que más falta nos hacen brazos patriotas que plumas desnaturalizadas” (Arana Goiri, 1980: 423-429). En el artículo titulado “Remitido”, de *El Correo Vasco*, Arana se emplea contra Carmelo Echegaray por ser discípulo de Menéndez Pelayo y por decir “que vaskos y santanderinos son hermanos en el sentido de naturales de un mismo país”. Pero lo que más solivianta a Arana de Carmelo Echegaray es que “no se contenta con atacar infundadamente al nacionalismo vasko desde el punto de vista político, sino que también ha pretendido combatirlo en la esfera religiosa” (Arana Goiri, 1980: 1754-1757).

Con Bonifacio Echegaray tuvo Sabino Arana otra buena refriega que incluso le obligó a tener que cambiar el nombre de su periódico *La Patria*, al que dejaron convertido en *Patria*, artimaña periodística con la que evitaron tener que publicar la sentencia del tribunal que daba la razón al demandante (Corcuera, 2001: 619). Bonifacio Echegaray fue un jurista experto en derecho foral, además de escritor en euskera, que llegó a ocupar plaza de miembro de número de *Euskaltzaindia* tras el fallecimiento de su hermano Carmelo, también perteneciente a esta Academia. Quiere decirse que estamos hablando, en el caso de los hermanos Echegaray, como en el resto de autores atacados por Sabino Arana, de personalidades muy relevantes de la cultura vasca de su tiempo, sin duda de las más representativas de la llamada cultura de los euskaros. La polémica con Bonifacio Echegaray versa también sobre la consideración del binomio “patria chica”, referido a Euskal-Erria, y “patria grande”, referido a España, tal como lo sostenían todos los euskaros y contra lo que Sabino Arana se empleaba con toda su artillería dialéctica, porque él, desde su novedosa ideología nacionalista vasca, consideraba que patria solo hay una, en su caso la vasca. Sabino Arana no se anda con remilgos tampoco en esta ocasión: “¿Nos resultará tonto el erudito Bonifacio?” Pero en esta polémica hay un elemento que viene a enriquecer el debate y que nos sirve para poner en cuestión la consideración que hemos visto, sobre todo en Antonio Elorza, de la cultura de los euskaros como antecedente directo, necesario y casi obligado del nacionalismo vasco. Y es que en la polémica aparece uno de los fundadores de la Asociación Euskara de Pamplona –primera revista de los euskaros, estudiada a fondo por Elorza–, nada menos que Juan Iturralde y Suit, invocado por Bonifacio Echegaray, y al que Sabino Arana trata de esta guisa (las cursivas las emplea Arana para referirse a palabras de Bonifacio): “Pero más adelante nos declara que la distinción entre *patria*

grande y patria chica la entiende como la estableció el *insigne, bondadoso y modestísimo escritor navarro don Juan Iturralde y Suit, de cuyo patriotismo euskaro no cabe dudar*. ¡Vamos! Luego ya tiene un maestro, ya tiene un *oráculo*, siquiera sea *insigne bondadoso* (raro requisito para ser oráculo) y *modestísimo* (otra propiedad *sine qua non*) y *de cuyo patriotismo euskaro no cabe dudar...* ¿a juicio de quién? A juicio del mismo que le toma por *maestro y oráculo*, esto es, del que piensa como él. Pero no todo ha de ser dislates y faltas de sentido común” (Alday, 1991: 598-604).

Y es que la cultura de los euskaros, la misma de la que Antonio Elorza afirmaba que “una vez conseguida la síntesis sabiniana, la ideología euskara quedaba relegada al papel de precursora necesaria, absorbida y superada a un tiempo por el nuevo nacionalismo”, para Sabino Arana va a resultar motivo de crítica feroz, de desprecio y, cuando no, de chanza, como vamos a ver a continuación en una memorable definición que nos dejó el fundador del nacionalismo vasco respecto de la principal y más longeva revista cultural vasca de su tiempo, órgano oficial de la cultura de los euskaros tras la *Revista Euskara* de Pamplona, y que no fue otra que la revista *Euskal-Erria* de San Sebastián, que salió ininterrumpidamente entre 1880 y 1918, conformando una colección monumental de 79 gruesos volúmenes (las cursivas y versales son de Arana): “Tengo en la mano un cuaderno que dice: EUSKAL-ERRIA. *Revista Bascongada, Órgano del Consistorio de Juegos Florales Euskaros de San Sebastián, de la Comisión de monumentos de Guipúzcoa, de la Sociedad de Bellas Artes, de la Asociación Euskara de Navarra y del Folk-lore Basco-Nabarro...* órgano, en fin, de todo aquello que trasciende a *euskaro, éuskaro o eúskaro; a fuerismo, a autonomía, a regionalismo; a euskera sin raza; a gigantescas montañas y sombríos bosques y risueños valles y cristalinas fuentes y pintorescas caserías sin patria; a patria sin fronteras meridionales ni orientales ni occidentales; a poetas que sólo cantan a la poesía; a auřesku* bailado por un Gómez, y *txistu* tocado por un Pérez, y *santso* lanzado por un Rodríguez, a euskera aprendido y hablado por los Gómez y los Pérez y los Rodríguez, a Gernika cantado por los Rodríguez y los Pérez y los Gómez, y a PATRIA CHICA, en fin, con PATRIA GRANDE.” (Alday, 1991: 469).

BALANCE

¿Cómo se puede sostener, a la vista de la consideración que Sabino Arana tenía por el carlismo, el fuerismo y la cultura de los euskaros que le antecedieron y le sobrevivieron, y por algunos de sus autores más característicos en particular, la especie de que el nacionalismo procede directamente de ellos? Si procediera directamente de ellos, es de suponer que el fundador del nacionalismo tendría en cierta consideración a sus predecesores, o al menos los trataría como antecedentes suyos. Pues en el caso de Sabino Arana tenemos un curioso trato: no solo los critica de manera acerba sino que expresamente los rechaza, ya que su planteamiento ideológico, en lo fundamental y esencial, según reconoce él mismo además, es radicalmente nuevo y distinto del de aquellos. Bien porque no son todo lo católicos que sería de desear, bien porque no consideran los territorios vascos completamente separados o al margen de España, bien porque no discriminan abiertamente a los vascos de raza de los sobrevenidos, Sabino Arana Goiri no quiere saber nada de sus supuestos antecedentes. Y si esto es así, repetimos, y en cuestiones tan esenciales para la cultura política nacionalista como la raza, la relación con España, la consideración del carlismo y de los fueros, ¿cómo se puede sostener que el fuerismo o el carlismo son antecedentes del nacionalismo cuando el fundador de este último reniega de modo tan expreso y explícito de ellos?

Aquí se plantea un problema muy interesante que consiste en que los autores del prenacionalismo vasco, los que consideran que existen obras y corrientes que se anticipan y que anuncian la aparición del nacionalismo, tendrían que reconocer al mismo tiempo que el fundador del nacionalismo vasco los rechaza como antecedentes suyos, abomina de sus autores y obras consideradas como del prenacionalismo y se declara completamente solo en su tarea fundacional.

¿No cabría más bien, a la vista de esta realidad, considerar al nacionalismo vasco como una ruptura en toda regla respecto del fuerismo, del carlismo y de la llamada cultura de los euskaros? De lo que cabría hablar, en realidad, es de una revolución dentro de la tradición, habida cuenta de que de ese modo se entienden mucho mejor todos los desarrollos, tanto anteriores como posteriores al nacionalismo, en la historia del pensamiento político vasco.

Referencias

- Agirreazkuenaga, Joseba. 2012. *Euskal herritarren burujabetza*. Irun: Alberdania.
- Alday, Jesús María. 1991. *Historia del Nacionalismo Vasco en sus Documentos, tomo IV*. Bilbao: Eguzki.
- Antxustegi Igartua, Esteban. 2007. *El debate nacionalista. Sabino Arana y sus herederos*. Murcia: Universidad de Murcia.
- Arana Goiri, Sabino. 1980. *Obras Completas de Sabino Arana Goiri*. San Sebastián: Senda.
- Chacón Delgado, Pedro José. 2015. “El concepto de independencia vasca en Sabino Arana Goiri”, *Historia Contemporánea*, 50: 75-103.
- Corcuera, Javier. 2001. *La patria de los vascos: orígenes, ideología y organización del nacionalismo vasco (1876-1903)*. Madrid: Taurus.
- De la Granja, José Luis, Santiago de Pablo y Ludger Mees. 2011. “La cuestión vasca en el hispanismo internacional”, *Historia Contemporánea*, 42: 429-470.
- Ereño Altuna, José Antonio. 1998. *Antonio de Trueba, literatura, historia, política*. Bilbao: Ikur.
- Estornés Zubizarreta, Idoia. 1996. “Fidel de Sagarmínaga y Epalza”, en *Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco*, 42. San Sebastián, Auñamendi.
- González Cuevas, Pedro Carlos. 2000. *Historia de las derechas españolas. De la Ilustración a nuestros días*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Gracia Cárcamo, Juan. 2002. “Antes y después del nacionalismo”, *Notitia vasconiae*, 1: 361-409.

- Martínez Artola, Alberto Xabier. 1984. “Manuel María Gortázar y Munibe”, en *Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco*, 16. San Sebastián, Auñamendi.
- Molina Aparicio, Fernando. 2005. “La disputada cronología de la nacionalidad. Fuerismo, identidad vasca y nación en el siglo XIX”, *Historia Contemporánea*, 30: 219-245.
- Varela Suanzes-Carpegna, Joaquín. 2010. “La doctrina de la constitución histórica de España”, *Fundamentos*, 6: 307-359.